

Persona y trabajo

Antonio Calvo

Del Instituto E. Mounier



Lo que nosotros llamamos «trabajo» es una invención de la modernidad. La forma en que lo conocemos, lo practicamos y lo situamos en el centro de la vida individual y social fue inventada y luego generalizada por el industrialismo. La característica esencial de este trabajo es la de ser una actividad en la esfera pública, demandada, definida, reconocida como útil para otros, y como tal, remunerada por ellos. Por el trabajo remunerado (y más particularmente por el trabajo asalariado) es por el que pertenecemos a la esfera pública, conseguimos una existencia y una identidad sociales, estamos insertos en una red de relaciones y de intercambios en las que se nos conceden derechos y deberes. Debido a que el trabajo socialmente remunerado y determinado es —incluso para aquellas personas que lo buscan, se preparan para él o carecen de él— el factor, con mucho, más importante de socialización, la sociedad industrial se entiende como una «sociedad de trabajadores» y, como tal, se distingue de las que le han precedido.

A. Gorz

Cuando hablamos de «trabajo» en nuestra cultura habitualmente le damos ese significado que nos ha explicado A. Gorz y, con ello, sin darnos cuenta, hacemos pedazos la actividad humana y le damos a una parte de ella, la correspondiente al *empleo*, una importancia en nuestro ser que nunca debería haber tenido. Se deforma así a la baja la idea de hombre y como consecuencia se organiza la sociedad y las leyes que controlan su funcionamiento también a la baja. Este *empequeñecimiento del horizonte humano* no es ajeno a la reducción que ha venido equiparando individuo a persona. No se trata en ningún caso de una simple confusión lingüística, sino de un *error antropológico* cuyos síntomas se manifiestan en el significado que damos a las palabras, pero, sobre todo, en el empobrecimiento de la experiencia humana y en la injusticia que institucionalizamos al basar la convivencia y su organización en esos errores. En el espacio disponible voy a intentar razonar en qué consiste este grave error que, a mi modo de ver, no es inocente.

EL TRABAJO

Voy a trazar, en primer lugar, unos pocos rasgos básicos en los que consiste antropológicamente el trabajo humano; después, a la luz de estos mínimos antropológicos, comentaré lo que, a mi juicio, constituye la actualización paradigmática de un grave error humano, que se ha convertido en una forma cultural y civilizatoria generalizada desde la industrialización, la *Civilización del Trabajo*; terminaré colocando el horizonte en el lugar que según creo debería estar, por dos razones que se siguen consecuentemente la una de la otra: por ser el horizonte más razonable con fundamento en la realidad y porque es la manera de vivir que más nos capacita para realizar nuestro ser plenamente, tanto individual, como social.

1. El trabajo como condición humana

La realidad entera es dinamismo, pero el ser humano es un *dinamismo consciente*, libre y creador. Ningún organismo animal viviente antes del hombre ha sido capaz de imaginar un mundo que sobrepasara la naturaleza que le determinaba con sus leyes. Sólo el hombre, de una manera misteriosa, humilde, y a la vez, altiva, ha ido descubriendo en su caminar la *llamada a la libertad*. Desdoblándose por su reflexión ha sido capaz de entrar dentro de sí. El animal ha llegado a ser humano cuando ha podido *decir no* a los determinismos naturales y ha sido capaz de verlos desde una perspectiva superior, inteligente: la que da la libertad y sus *posibilidades* de creación. Nuestro dinamismo consiste en *hacernos* inevitable y permanentemente *con todo lo que hacemos*, pero, a diferencia del animal, podemos hacernos siendo *conscientes de nuestro querer*. La libertad así puede ser obra de la inteligencia, al mismo tiempo que va recreando a la misma inteligencia, porque al caer en la cuenta de que la libertad no es nada sin la acción en que consiste, se va convirtiendo en la realización de un *proyecto* que será libre en la medida en que sea *liberador*.

Por otra parte, como en el hombre no hay inteligencia sin encarnación corpórea, espacio-temporal, y esta encarnación es siempre laboriosa, comprometida, incesante, podemos concluir que en esto consiste realmente el trabajo humano, cuyo proyecto y realización siempre requiere la *decisión*, el *fiat* de la acogida y de la entrega mantenidos con fidelidad.

Este proyecto liberador nunca es de un hombre solo, ni puede ser ajeno a las condiciones de la realidad. Puesto que el hombre va siempre hacia sí mismo a través del mundo y del tú humano, «Nadie es libre, si todos los hombres y mujeres no son libres», como decía Bakunin. La libertad es personal y, al mismo tiempo, comunitaria y, es claro, que no puede maltratar la naturaleza, sino cuidarla.

Así pues, decir que el hombre es un trabajador es afirmar que es un ser inacabado estructuralmente y que, por eso, sólo puede ser actuando, trabajando. Su misma inteligencia es ya obrera, tiene siempre una orientación práctica que consiste en la transformación de la acción natural en trabajo por la libertad. Pensar es ya hacer y, por eso, el conocimiento humano es raciovital, militante. La aparente no acción del pensar es sólo un engaño. El cerebro humano es un dinamismo neuronal vertiginoso, apenas llega al 3% de la masa corporal, sin embargo utiliza el 20% del oxígeno total.

El hecho de la alteridad radical que nos es esencial nos lleva a caer en la cuenta de que *la subsistencia y la relación son constitutivas*. Así mismo, el hecho de la libertad y la capacidad de abrir la realidad como un mundo de posibilidades nos exige siempre optar, zanjar, comprometernos. Esta es la razón de que la inevitabilidad de la relación haga necesaria la búsqueda de la mejor razón para actuar, porque comunicarnos no es todavía diálogo, el diálogo requiere ya una opción ética.

Aparece en este hecho la necesidad de orientar la acción para que sea realmente humanizadora. No todo lo humano es humanizador. El ser humano busca sentido. El dinamismo animal se convierte en actividad humana, en trabajo, cuando se llena de sentido. Los animales actúan, pero sólo el hombre trabaja, porque sólo él puede ser agente, actor y autor consciente de sus acciones. Y cuando esta actividad total del hombre es la realización de un sentido, el esfuerzo de vivir va unido a la alegría de hacerlo, sin dejar fuera ningún momento de la vida. En definitiva, *somos responsables* de lo que queremos ser mediante lo que elegimos hacer o cómo vivir lo que no podemos elegir. La realización incesante y siempre actual de nuestro ser es nuestro trabajo. No es, por tanto, el trabajo lo que perjudica al hombre, ya que se trata de su propia realización, sino la falta de sentido.

El papel de la acción es desarrollar el ser y constituirlo (...) después de haber actuado somos diferentes, conocemos de otra manera, queremos de modo diferente que antes (...) parece que nos agota, pero nos colma. Parece que sale de nosotros, pero eso que emana de nuestro interior más íntimo nos trae lo que está fuera a modo de un fin que es menester alcanzar, y así hace inmanente para nosotros la serie total de los medios con los que tendemos desde nuestro principio hasta nuestro término. Dar de sí mismo significa ganar más de lo que se da. La vida más dedicada o más sacrificada es también la más intensa.

M. Blondel. *La Acción*. BAC. Madrid, 1996, pp. 521-522

Así pues, *la acción es la verdad del hombre*. En ella nos descubrimos y por ella nos realizamos. Sólo tenemos lo que damos.

Conviene caer en la cuenta e insistir firmemente en que la utopía verdaderamente humana, basada en la idea de hombre como *persona* y ésta entendida como *el ser que dispone de sí para hacerse disponible*, un ser, por tanto, fraternal, no es una utopía sin fundamento en la realidad, sino que enraíza en lo más hondo de su dinamismo. La utopía, esta utopía, es el pan del realismo humano.

A la luz de estos mínimos antropológicos se puede ver con claridad, según creo, que la llamada *Civilización del Trabajo* ha empujeado el horizonte humano y está impidiendo una experiencia realmente humanizadora. Vamos a verlo brevemente.

2. La civilización del trabajo

Habíamos logrado aclarar que el trabajo es la condición humana y que el hecho de que nuestra vida se realice siempre esforzadamente no impide vivirla, al mismo tiempo, con una profunda alegría que ni el dolor, ni la muerte cierta pueden abatir, si está llena de sentido.

Como condición humana el trabajo es: autorrealización; transformación y configuración del mundo; relación humana: colaboradora y creadora de amistad; descubrimiento y realización de la verdad: humanización.

Es, por tanto, un derecho y un deber personal y social, siendo evidente que impedir o excluir a alguien de las condiciones que hacen posible una vida digna es homicida. Así mismo, separar el esfuerzo del sentido, impedir la alegría, en cualquier ámbito de la actividad humana es, no sólo un error antropológico, sino negar al otro como persona y convertir una actividad, que siempre debería ser humanizadora, en trabajos forzados.

La llamada *Civilización del Trabajo* supone una novedad en la historia en la manera de entender y organizar la actividad humana, ya lo hemos dicho. Un poco de historia nos ayudará a verlo mejor.

Desde el *Neolítico*, en el que el ser humano consiguió no depender completamente de la naturaleza gracias a la ganadería y a la agricultura, la humanidad ha sido predominantemente rural, condición que fue cambiando desde el *Renacimiento* con el crecimiento de los habitantes de los burgos, que con el tiempo irían conformando una nueva clase social: la burguesía y, sobre todo, con la *Revolución Industrial*.

El trabajo necesario para la satisfacción de las necesidades vitales era, en la Antigüedad, una ocupación servil que excluía de la ciudadanía, de la participación en los

asuntos públicos, a quienes lo realizaban. Estas tareas estaban reservadas a las mujeres —consideradas inferiores— y a los esclavos, porque tener que realizarlas suponía estar sometido a la necesidad. El hombre libre se negaba a someterse a la necesidad. La idea de que la libertad sólo comienza donde termina la necesidad ha sido una constante desde Platón hasta nuestros días.

Todavía la recuerda Marx en el libro III de *El Capital*: «El reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la miseria y por la coacción de los fines externos»

La consideración de que las tareas necesarias para vivir eran cosa de esclavos fue cambiando con el *cristianismo* porque éste, al afirmar la fraternidad de todos los seres humanos por la filiación universal de un mismo Dios-Padre, va rompiendo todas las justificaciones para despojar a cualquier ser humano de una dignidad que no otorga ningún otro ser humano o la naturaleza, sino el mismo Padre-Creador. *La Declaración Universal de Derechos del Hombre*, a pesar de los pesares, ha sido posible en la historia en un contexto cristiano y no en otro.

Hasta el siglo XVIII no aparece la idea contemporánea del trabajo. Hasta entonces designaba el esfuerzo de los siervos y de los jornaleros que producían los bienes de consumo o los servicios necesarios para la vida que exigían ser renovados día a día. La *racionalidad económica* no regía el conjunto de la producción material hasta la llegada del capitalismo fabril. Hacer calculable el coste del trabajo como simple fuerza de trabajo, separar el tiempo de trabajo del tiempo de vivir, introducir *la ganancia* como medida objetiva de la eficacia del esfuerzo y de su éxito, frente a *lo suficiente*, fue una auténtica revolución de valores y relaciones sociales, porque la medida cuantitativa no admite autolimitación y aplicada al tiempo humano, que es la misma vida del hombre, constituye una verdadera barbarie.

Una de las desviaciones maestras del capitalismo es haber sometido la vida espiritual al consumo, el consumo a la producción, y la producción al beneficio, siendo así que la jerarquía natural es la inversa. Una economía personalista regula, por el contrario, el beneficio según el servicio rendido en la producción, la producción según el consumo, y el consumo según una ética de las necesidades humanas planteadas en la perspectiva total de la persona.

Mounier

No es extraño que después de constatar las consecuencias del desvío anterior diga: «Jamás tirano alguno dispuso de tan universal poder de triturar a los hombres con la miseria o con la guerra; de un extremo al otro de

EL TRABAJO

la tierra, ningún tirano acumuló, en el silencio de la normalidad, tantas ruinas e injusticias».

3. La cultura de la necesidad

No es el único que denuncia esta barbarie, también la poesía lo hace: «Sólo el necio confunde valor y precio» (A. Machado). Nuestra civilización del trabajo, orientada hoy por las creencias del capitalismo neoliberal, es una cultura de la necesidad. Pero esta necesidad, este no saber, no es inocente, sino un proyecto urdido, planificado y llevado a cabo minuciosamente, implacablemente, sobre las víctimas que produce. Los enormes éxitos productivos de la industrialización no deben encubrir el enorme fracaso en miseria, empobrecimiento y utilización de miles de millones de seres humanos, ni el inmenso error antropológico, fruto de la ignorancia, de la maldad o de ambas realidades, que supone haber optado por el camino del poderío, de la conquista y del expolio, de la utilización, en definitiva, de personas y cosas para edificar sobre ellas el privilegio de una pequeña parte de la humanidad.

Sin embargo, hoy, nada parece con capacidad suficiente para oponerse a esta barbarie. «El capitalismo declaró la guerra a la clase obrera y la ha ganado» decía el economista Lester Thurow hace unos años. A mí me parece que también ha hecho lo mismo con la Democracia y con los Derechos Humanos. Y no parece que pueda ser de otra manera, porque se trata de un proyecto de «civilización» desarrollado con criterios individualistas y pragmáticos, no universales.

Así las cosas, es necesaria una nueva civilización que recupere lo esencial del hombre: la persona; y construya la única forma de convivencia que es consecuente con esa realidad personal: la fraternidad.

4. La encarnación de Dios en el trabajo del hombre

Llegados a este punto, me parece necesario recuperar, aunque sólo sea en breve apunte, el horizonte del trabajo del hombre como *co-creación*. Una idea equivocada de revelación, todavía muy extendida, nos impide ver como experiencias humanas las que nombramos como religiosas. Sin embargo, el proceso de revelación se da en la historia del hombre a través de experiencias humanas. Es el hombre el que es capaz de descubrir la verdad de la realidad en su vida y de adherirse a ella haciéndose verdadero para hacerla presente con su trabajo.

La verdad que el hombre ha descubierto es la de que la historia personal consiste en un proceso de *humanización*. Este proceso de humanización, en el que coincide vivir como persona y vivir fraternalmente, puede realizarse con dos sentidos diferentes: a) un sentido intrahistórico mediante el trabajo meramente humano, prometeico; y, b) un sentido histórico mediante el trabajo humano como colaboración libre en la creación amorosa y permanente del único Dios-Creador y Padre: *una experiencia de gratuidad*.

La experiencia cristiana es la del hombre Jesús de Nazaret, a quien algunos de los que vivieron con él reconocieron como el Cristo esperado en la tradición judía y como el verdadero Hijo de Dios, su palabra, su vida y su muerte les hizo comprender que en él se habían hecho carne la verdad de Dios —a quien nadie ve— y la verdad del hombre «Quien me ve a mí, ve al Padre». (Jn 14, 9) . Una verdad de amor y, por tanto, de Vida eterna.

El hombre ha experimentado que Dios se comunica a las criaturas sólo de forma creada y, por tanto, sólo a través de ellas y de su acción. La humanización, por tanto, es la consumación de lo humano en cuanto humano. Y esta manera de ser hombre se concreta según el programa trazado en las *Bienaventuranzas* que interpreta la mirada de Dios sobre la existencia. Una mirada amorosamente paterno-maternal en la que cualquier afán de ser recompensados por nuestras acciones, de creernos merecedores de cualquier privilegio, manifiesta una incompreensión de la verdad de la existencia. El poder aquí no tiene otro sentido que el servicio. *La cultura del mérito*, tan arraigada en nuestra condición y tan institucionalizada en nuestra civilización del trabajo es, desde esta experiencia humana, una ceguera, un error antropológico que impide la experiencia de gratuidad y que tiene gravísimas consecuencias prácticas al impedir el proceso de humanización sembrando de víctimas la historia e impidiendo la revelación de Dios.

La vida entera del ser personal que somos cobra una dignidad y un sentido que arraiga en nuestra más honda experiencia humana liberándola al transformarla por el agradecimiento; de esta manera, la esperanza de *resurrección* del hombre entero, de la comunidad humana y de la entera realidad se hace creíble e inseparable de un compromiso militante al que estamos todos convocados —trabajo humano—, que consiste en realizar la fraternidad, la justicia, la verdad, la paz, la vida entera, en fin, con alegría.